

Leandro Román Putín



REO 666



Premio Mención Especial del
«Concurso Relatos Cortos Katharsis»

REO 666

Leandro Román Puntín

Título: Reo 666

Poesía: Premio Mención Especial del «Concurso Relatos Cortos Katharsis»

Autor: © Leandro Román Puntín

Edita: Amigos de la Revista literaria Katharsis

Argés (Toledo)

Printed in Spain

info@amigosrevistakatharsis.org

REO 666

LA ÚNICA RAZÓN por la que me acerqué a hablarle, fue porque su auto me estorbaba el paso. No crean que no medité mis pensamientos antes de poner los pies fuera del Gol; no había nada estorbando en el camino y éramos los únicos dos vehículos detenidos en la calle. Un *Volkswagen* negro y un *Ford Ka* amarillo.

—Disculpá —le dije—, pero ¿por qué no te movés?

—Me quedé pensando en algo —me dijo.

—Qué bien, pero ¿no podría pensarlo en otro lado? Estoy llegando tarde.

—¿Adónde? —me preguntó sin bajar sus manos que se hallaban aferradas al volante.

—¿Adónde qué? —le respondí, ya que no había entendido a qué se refería.

—¿Adónde vas? ¿Adónde estás llegando tarde? —repuso.

Debo decir que sus palabras fueron la cosa más extraña que había oído en años. Teniendo en cuenta el lugar al que me dirigía. De hecho, las palabras estuvieron bien, lo raro fue su tono, su respuesta, su forma de mirar hacia delante mientras su boca me apuntaba a mí, como si supiera realmente que iba a lo de Miguel.

—¿Acaso le importa? ¿Nos conocemos?

—Todavía no me dijo a dónde está llegando tarde —me espetó con su mandíbula torcida y sus ojos fijos en la esquina. Estriñó los puños y reacomodó sus dedos alrededor del volante.

Muchas respuestas me cruzaron la cabeza. Pero era mi costumbre detener mi lengua hasta que la más adecuada apareciera.

—¿En qué estaba pensando usted? —dije al fin, tratando de seguir su juego. Me había dicho que estaba pensando en algo cuando le pregunté por qué no se movía.

Ahora yo quería saber qué era tan importante como para meditarlo sobre un auto, en el medio de calle, y a plena luz del día.

—Suba al auto y le mostraré.

Di un paso atrás y contemplé con detalle su mirada. Arquee las cejas en un ademán vicioso y le pregunté:

—¿Usted no será unos de esos sujetos que andan buscando prostitutas para ese bar en la salida, no? Porque soy muy bueno, pero tengo esposa, ¿sabe?

—No busco prostitutas, lo busco a usted.

—¿Y por qué no me llamó a mi casa o al celular en lugar de armar toda esta escena de película barata?

—¿De dónde sacaría su número?

—Está en la guía.

—¿Y cómo sabría si es usted el que me atiende?

—¿No le parece que ya estamos grandes para estas boludeces?

Mi mente no fue lo suficientemente rápida esta vez para separar y clasificar a tiempo las palabras que surgieron.

—Mire, no me importa quién es o lo que quiere. Yo sólo quiero pasar. No le pido mucho. Ponga ese lindo piecito suyo sobre el embrague y mueva el auto medio metro, así, por lo menos, puedo rebasarlo. ¿Quiere?

—¿Y si me niego?

Siempre fui muy sutil para responder a ese tipo de preguntas.

—Sí se niega, me voy corriendo. No creerá que soy de esos tipos que abandonan su auto así porque sí, pero lo soy. Si es necesario, tomaré mis cosas y me iré corriendo hasta mi casa.

—Entonces, es a su casa a donde está llegando tarde. ¿Lo espera su mujer? Dijo que tenía mujer, ¿no?

—¡Estoy llegando tarde a una cena de negocios! ¡Necesito estar allá!

El extraño miró su reloj y esbozó una sonrisa petulante.

—¿Usted cena a las cinco de la tarde, señor? Sabía que en Estados Unidos lo hacían a las siete, ¿pero a las cinco? ¿En Argentina? Eso es nuevo para mí.

—Hagamos esto —propuse ya nervioso—, usted me dice en qué estaba pensando y yo le digo a donde voy. ¿Le parece justo?

—No, usted me dice a donde va y yo le digo qué pensaba.

—Sí, eso. Es lo que acabo de decir.

—No, usted primero me dice a dónde va y después, si yo estoy conforme con su respuesta, le digo qué pensaba.

—¡Me importa un carajo lo que pensaba!

Una rabia inmediata se apoderó de mi puño e hizo que golpeará el techo del *Ford Ka* con los nudillos. Maldije entre dientes y di una vuelta sobre mis pies sin darme cuenta. Miré al sujeto sentado allí, tranquilo, sonriente y no pude hacer otra cosa que comenzar a reír de la locura.

—Déjeme pasar, salame. Necesito irme —insistí sin suerte.

—No tiene por qué enojarse —me indicó con una calma que me irritó a sobremanera—. Basta con decirme a dónde va. Nada más. ¿Por qué le resulta tan difícil? No le estoy pidiendo que trepe una montaña o que haga el Santa Fe Coronda. Sólo quiero saber a dónde vas, amigo.

Fue en ese momento que comencé a sospechar de quién se trataba ese sujeto en realidad.

—¡A ver, salame, muévase o lo muevo!

—Me gustaría ver eso —exclamó sonriente y cerró la ventanilla.

Quedé más de un minuto parado allí, viendo mi reflejo en el polarizado. Mi cuerpo estaba tenso y mi chomba empapada de sudor. La sien me latía como un dedo recién quemado. Me decidí a patear la puerta del extraño pero me contuve y me dirigí a mi auto. Abollar la puerta a patadas no me llevaría a nada, sólo a más preguntas capciosas y respuestas rebuscadas.

El tipo era flacucho, pero tenía los brazos bien marcados, y su rostro cuadrado y lleno de pozos me hizo recordar a uno de mis hijos, que se hallaba en la etapa del acné con pus y las promesas salvadoras de aquellas cremas antisépticas por catálogo. El tipo me dio una visión futura de cómo iba a quedar el semblante de Martín si continuaba reventándose los granos sin cuidado.

Volví a mi auto. Al cerrar la puerta y apoyar mi culo en el asiento, sentí vibrar mi celular. Tenía seis llamadas perdidas y diez mensajes de Miguel.

Miguel era mi amante. Y juzgando por su pasado atroz —el cual me había quedado tatuado en el cerebro desde la primera cita—, no me resultó ilusorio el pensar que el sujeto del *Ford Ka* se tratara de un ex novio rencoroso. En especial de Mariano (el que había intentado subastar los muebles de Miguel para comprar tubos de ensayo y sustancias ilegales para la elaboración de drogas). En mi opinión, el sujeto del *Ford Ka* carecía de la pinta natural de gánster —o farmacéutico—, pero ¿qué mierda iba a saber yo? Los únicos matones que había visto en mi vida eran los de la serie televisiva *Los Sopranos*. Hasta dos minutos antes de pensar en eso, todavía me resultaba gracioso ver a alguien rompiéndole las piernas a otro para cobrar dinero. Pero la idea cambia, y sin comedia alguna, cuando el que está a punto de sentir crujir sus piernas, es uno mismo.

Miré su patente, “REO 666”, y no dejé que el miedo me tomara; desde mis adentros, deseaba que todo aquello fuera un chiste. Yo también era un hombre —sin

importar la negación que se debatía entre mis voces interiores—, no iba a dejarme intimidar por un supuesto capo de la droga sentado en un auto de juguete pintado de amarillo. Posiblemente estaba sacando las cosas fuera de proporción; ¿qué narco se maneja en un auto tan gay y llamativo?

¿Uno gay quizás?

Mientras recapacitaba en eso y en lo extraño que parecía el hecho de que ningún otro auto hubiese aparecido detrás del mío, me dispuse a revisar los mensajes de texto que Miguel me había mandado, pero el celular comenzó a vibrar antes de que llegase a abrir alguno. Contesté al cuarto timbrado. Era mi mujer.

—Augusto, no te vayas a olvidar de las bolsas industriales para la basura.

Yo había salido de mi casa con la excusa de ir a visitar un nuevo supermercado mayorista a cincuenta kilómetros de la ciudad. Lo gracioso era que había salido hacía más de una hora y todavía estaba a siete cuadras del garaje. Si mi mujer planeaba salir a caminar con sus amigas o llevar mis hijos a la plaza, me vería aparcado en el medio de la calle con un *Ford Ka* amarillo atrincherado frente a mí; no habría sido un problema si no le hubiese mentido desde el comienzo sobre la ubicación exacta en la que estaba.

—Ahora las veo, amor. Si están baratas las llevo, si no, lo dejamos para otro viaje. Lo que sí me llamó la atención fueron los aerosoles de cocina; la caja está de oferta.

Nunca tuve un talento innato para fingir bajo presión así que solo corté la llamada, simulando interferencia. Esperé en silencio unos segundos —antes de guardarme el aparato en los bolsillos— para ver si Luz volvía a comunicarse. No lo hizo.

La calle que me aprisionaba era pequeña. En realidad, no se trataba de una calle, era uno de esos pasajes alternativos que tienen algunas ciudades para alivianar el

transito cuando se producen embotellamientos. Y como tal, no podía dar marcha atrás y abandonar mi pesadilla porque había un mecanismo situado en la esquina de la cuadra que activaba una barrera de caucho que, al pisarla, se elevaría a tal altura que mis gomas no podrían sobrepasarla. Eso era para establecer cierta distancia entre los autos y lograr así un efectivo y normal flujo de automóviles en los días de obstrucción. Eso explicaría por qué nadie más se había posicionado detrás de mí. “No hay embotellamiento, no hay necesidad de utilizar el camino alternativo”. Yo, y el sujeto en el *Ford Ka* amarillo, habríamos sido los únicos dos ciudadanos en olvidar que estaba prohibido el paso por esos callejones los días en que no había transito en exceso. Me alegré por mí mismo y golpeé mi cabeza en el volante. El que dijo que los días en que uno engaña a su mujer, el universo se pone en su contra, no se equivocaba.

El sol de la tarde comenzaba a decaer y las sombras de la noche atentaban con arrasar la tierra. Estaban en su punto de partida, a penas el reloj marcara las ocho, la penumbra me absorbería y habría perdido mi oportunidad de ver a Ángel. Miguel odiaba su primer nombre porque le hacía recordar el tipo de persona que no era. Aunque —en palabras rebuscadas— era mejor persona que cualquiera de esos tipos del submundo que frecuenta. Siempre creí que él no pertenecía allí, pero todos tenemos problemas que nos atan a un lugar de alguna forma. Y creo que aquella tarde, me acababa de topar con uno nuevo. Si quería ver a Miguel antes de que partiese hacia Brasil tendría que vérmelas con “Reo, el enviado del Demonio”.

—¡Me llamo Augusto De La Piedra y voy al aeropuerto! —grité al bajar del auto. Y repetí la misma frase hasta situarme frente al *Ford Ka*.

No podía distinguir la mirada del sujeto por el polarizado de los vidrios, pero pude suponer que estaba sonriendo.

—Ya le dije adónde voy. Ahora, dígame en qué estaba pensando.

La puerta del auto abombado se abrió con un crujido pero ninguna extremidad asomó de él.

Esperé a percibir algún tipo de movimiento, pero terminé por impacientarme. No iba a llegar a tiempo al aeropuerto si no movía a ese lunático del paso.

Nunca fui una persona violenta, pero ciertas situaciones ameritan la reacción, así que pateé el faro izquierdo del autito. No lo rompí, pero me sentí aliviado por hacerlo. Lo que sí no puedo explicar, es la tensión inmediata a la que sucumbió mi cuerpo cuando noté la boca de un revolver asomada por la puerta. Reo no había abierto la portezuela para hablar, lo había hecho para apuntarme.

Un sudor frío comenzó a hincharme la cara, las piernas me flaquearon y el abdomen y la nuca se me tornaron tan helados como una piedra expuesta al viento nocturno de los cerros. Mi temblequeo fue brusco, cualquiera podría haber visto a lo lejos como mi estabilidad emocional pendía de una soga. De una cuerda que, por insensatez, había transformado en una horca.

Mientras Reo ponía un pie fuera del auto, comencé a sentir un cosquilleo en todo el cuerpo, pero no a causa del miedo, sino a motivo de otra cosa. Mi celular estaba vibrando otra vez.

Reo lo percibió y se acercó a mí sin dejar de apuntarme a la cara con el arma. Me preguntó en qué bolsillo estaba el aparato, pero de todos modos hurgó en todos los orificios de mi pantalón.

—¿Sabés en qué pensaba? —me dijo, mientras se sentaba sobre la trompa del *Ford Ka* y leía el mensaje entrante—. Pensaba en cuanto tiempo tardaría el marica en avisarte.

Luego escupió un gargajo verde hacia un costado y me arrojó el teléfono a los pies. No tuve que agacharme para leer lo que decía ese mensaje o suponer lo que decían los otros anteriores, pude descifrarlo sin esfuerzo:

“Tené cuidado, Mariano sabe que venís”.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Leandro Román Puntín nació el 6 de septiembre de 1989, en el pueblo de Seguí, Entre Ríos. Es un escritor que se ciñe a las narraciones de terror y fantasía, con toques morbosos que lo caracterizan.

Leandro Román Puntín ha participado en el «I Premio de Relato Corto de la Revista literaria Katharsis» donde obtuvo el Premio *Mención Especial* por su relato *Preso 666* (2008).

Esta edición digital se lleva a cabo para ser publicada en la Revista Literaria Katharsis.

Edición digital de La Asociación Amigos de la Revista Katharsis

<http://www.amigosrevistakatharsis.org/>
info@amigosrevistakatharsis.org

http://www.revistakatharsis.org/premios_relatos_literarios2008.html